

por la madre. Había querido dar á Francine la alegría de llevarle su hijo afectuoso y arrepentido, sabiendo lo que valen las resoluciones humanas y que las más fuertes ceden á un movimiento del corazón. Pero sabía también que el razonamiento recobra siempre sus derechos y que un impulso de sensibilidad no resuelve una cuestión moral tan grave como la planteada entre la madre y el hijo. Appel gozaba de la situación presente y esperaba con resolución las dificultades que iban á presentarse.

— ¡Y bien, mal sujeto, ya estás aquí! dijo la madre levantando la frente de su hijo para mirarle los ojos. No te encuentro un semblante muy lucido...

— Es el cansancio del viaje, dijo Appel. Mañana estará repuesto. Pero vamos á almorzar, si os parece bien. Son las doce y tengo que estar á la una en la Facultad.

Los tres se sentaron á la mesa como en otro tiempo y no se pronunció ni una palabra referente á sus pensamientos comunes. Parecía que estaban de acuerdo para observar esta tregua y aprovechar así mejor el placer de encontrarse reunidos. Francine interrogó á su hijo sobre el país, el clima y los paisajes del Mediodía. Habló de las cosas y no de las personas y pareció decidida á esperar las confidencias de su hijo sin provocarlas.

Pedro disimuló por el pronto su deseo de informarse, pero observaba con atención mientras hablaba. No podía sustraerse al encanto que emanaba de aquella casa tranquila y serena. Todo respiraba allí lealtad y franqueza. Y al mismo tiempo tomaban cuerpo en su recuerdo las diferencias que había entre su casa y la de Maillane. El tono de Barandet y de Remancón y su libertad de lenguaje, aun delante de Bella, le habían

con frecuencia molestado. Aquí se veía la delicada y noble dignidad de la clase media. Allí la ostentación brillante y chillona. Pero ¿era eso un crimen en los que se hacían ricos? ¿Podían éstos improvisar lo que los demás hacían por tradición?

El joven se sentía dispuesto á excusarlos, pero no podía negar los contrastes que había entre las dos condiciones ni la superioridad de la una sobre la otra. Entre Appel, tan fino y tan delicado, y Dartigues, tan exuberante y familiar, había diferencias esenciales. El uno era todo fondo y el otro todo superficie. Pedro no pudo desconocer que su padre era más seductor, más atrayente, y que era casi imposible el escapar á su influencia cuando él quería ejercerla. Pero Appel, más lento en imponer su prestigio y en penetrar en los corazones, los conquistaba de un modo definitivo.

Pedro lo veía bien en aquel instante en que la palabra dulce y mesurada de su padrastro despertaba en su pensamiento los ecos de toda su vida. Con su buena inteligencia y la poética elevación de su espíritu, el joven comprendía que todas las satisfacciones que había experimentado en Maillane, cerca de su padre, habían sido de una vulgaridad un poco grosera, mientras que las que gozaba entre su madre y Appel, en el hogar de familia en que había pasado su infancia, tenían una pureza y una gracia ideales.

Appel, por su parte, que veía en sí mismo tan bien como en los demás, imponía á su cara una sonriente tranquilidad, observaba á Pedro y veía con profunda alegría reflejarse en la frente del joven todos los sentimientos que experimentaba. Mientras la madre, entregada á la dicha de tener á su hijo, le servía, le cuidaba y le mimaba, Appel estudiaba las condiciones de la

lucha próxima en las impresiones morales de su discípulo y más sereno á medida que le veía más penetrado de confianza, empezaba á contar con una noble victoria. Á los postres se levantó el doctor.

— Os dejo juntos, dijo. Tengo que ordenar unas notas. Acabad tranquilamente... Esta tarde nos veremos. Pedro, te recomiendo que vayas á ver á Barres. Tu visita le gustará.

Y no dijo más. Ni una alusión á las elecciones. Tan sólo la indicación de un deber de cortesía para con el amigo y el maestro. ¡Pero cuántas consecuencias se desprendían de esa sencilla frase! Pedro, con una palabra, había sido de nuevo lanzado en medio de la tempestad. Y no podía evitarlo. El criado había puesto el café en la mesa. Appel se había marchado y la madre y el hijo estaban solos.

— Hay fatalidades á las que no se puede escapar, dijo Francine. ¿Quién iba á presumir que este viaje á Maillane, que tú emprendiste con tan descuidada alegría, traería tales consecuencias? ¡Pobre hijo! Tú no tienes, sin embargo, la culpa de todo esto... y es muy injusto que tengas que sufrir.

— Querida mamá, la justicia es una excepción en la combinación de los sucesos. Casi todo se debe al azar. Pero cuando nos encontramos en presencia de hechos sobre los cuales puede ejercerse nuestro juicio, debemos esforzarnos por ser justos, pues las decisiones que se adoptan tienen un alcance terrible y sería espantoso sacrificar al inocente.

— Para un hijo colocado entre su padre y su madre, querido mío, no puede existir ningún culpable. ¿Cómo decidir entre ellos?

— ¿Y si tiene que elegir, sin embargo?

— Sí, en eso es en lo que se manifiesta en toda su

dureza la ley de la vida. ¿Por qué nadie prevé que en un momento dado tendrá que pagar la deuda de su locura ó de su debilidad? No se piensa jamás que el que comete una falta se convierte en acreedor de la desgracia. Todo se paga, el bien como el mal, y no hay un solo ejemplo de que una mala acción no haya sido castigada, ya por una pena pública, ya por un sufrimiento oculto.

— Madre mía, dijo Pedro; ¿tendrás el valor de revelarme lo que he buscado en vano hasta ahora? ¿Me dirás á quién debo hacer responsable de la división de los míos?

— ¿Para qué? ¿Qué alivio vas á encontrar conociendo la verdad? La situación, tal como la deploras, no puede cambiar. El divorcio ha roto lo que el matrimonio había unido. Tu padre se ha ido por un lado y tu madre por el otro. Nada podrá unirlos jamás. ¿Por qué te torturas buscando una solución á un problema que no la tiene? Tú me quieres desde que abriste los ojos á la luz. Quieres á Appel desde que tienes inteligencia para comprender lo que es la bondad. Has encontrado á tu padre. ¿Quién te prohíbe amarle si él ha sabido inspirarte afecto?

— Has dicho hace un instante que hay acreedores de la desgracia, y yo soy uno. ¿Pero quién ha contraído la deuda que yo estoy pagando?

— El porvenir te lo dirá claramente.

— Eso es designarme á mi padre.

— Yo no le acuso.

— ¿Es una suprema indulgencia?

— No, hijo mío; es el supremo olvido. La vida me ha dado mi desquite. Por muchas penas que haya pasado, el destino ha sido misericordioso y bueno conmigo al colocar en mi camino á Federico Appel. No

tengo derecho para abrigar sino sentimientos de piedad y de dulzura para los demás, por agradecimiento de los favores de que he sido colmada. No me interrogues, pues, sobre aquellos de quienes no quiero hablar. No me hagas ocuparme de ellos, pero ocúpate tú de mí; te lo permito y no temo nada. Porque te he amado tiernamente, bien lo sabes, y nada se ha sobrepuesto en mi corazón á tu cariño. Si hubiera tenido las facultades necesarias para criarte, instruirte y hacer de ti el hombre que eres, hubiera acaso rehusado la dicha que se me ofrecía para dedicarme á ti exclusivamente. Pero tenía la certeza de que Appel sería para ti el padre moral que ha sido y he visto con doble alegría que su cariño se ponía de acuerdo con el mío para formarte y hacerte llegar á lo que yo esperaba que fueses un día. Has vivido y crecido con nosotros y nos conoces, pues nunca hemos disimulado delante de ti. Appel se ha elevado al primer rango de la ciencia contemporánea y yo he cuidado su casa y llevado lo mejor posible su nombre ilustre... Esta es nuestra historia, hijo mío; puedes juzgarnos. Desde hace veinte años, mi única pena ha sido ver una duda en tu pensamiento y una lágrima en tus ojos por causa mía.

Pedro no respondió. Se arrodilló delante de su madre y en adoración, como delante de una santa, besó aquellas manos que habían trabajado para él y acariciado su cuerpo cuando era pequeño y estaba enfermo en la cuna. Su madre, segura ya de su poder y viéndole reconquistado, no quería romper el encanto y dejaba pasar el tiempo, feliz al tener á su lado, tierno y sumiso, al que creía encontrar hostil y sublevado. Al cabo de unos instantes le dijo :

— Pero no me hablas de esa joven que has conocido y que tanto te preocupa...

Pedro se ruborizó, levantó la cabeza y dijo con algún embarazo :

— ¿Quién te ha informado de eso?

— Todo se sabe, como ves. Hay personas siempre dispuestas á contar, á denunciar...

— Pues bien, mamá, es cierto. He encontrado en Maillane una joven adorable por su belleza, su dulzura y su gracia... Y la amo...

— ¡Ah! querido; qué palabra tan llena de alegrías ó de dolores... Me estremezco al oírtela pronunciar...

— ¿Por qué, si aquella á quien se dirige merece completamente mi amor?

— ¿Tan pronto se ha apoderado de ti?

— ¡Oh! No ha empleado para ello ninguna coquetería. Es natural y sencilla, aunque haya sido educada con lujo. Vivíamos cerca, en la intimidad del campo, paseándonos y hablando. He visto que no le disgustaba y que encontraba placer en estar á mi lado... Me he atrevido á decir lo que pensaba; ella tuvo la franqueza de responderme y así nos hemos comprometido el uno con el otro.

— ¿Comprometidos?

— En cuanto depende de nuestra voluntad, pues ella tiene su madre como yo te tengo á ti, y ni uno ni otro queremos contrariar á los nuestros... Ella es como yo, y sólo espera su dicha de la bondad maternal.

— Y esa madre... ¿Es la mujer de tu padre?

— Sí, mamá. Y esta es la gran dificultad, bien lo ves. ¿Se podrá resolver? ¿Cómo?

— Siempre hay medio de arreglarse cuando se trata con buenas personas. Pero la madre de esa muchacha, que es tan rica, ¿admitirá á un joven como tú, que no

tienes nada? ¿Y cuál será tu situación si estás obligado á depender de tu mujer?

— Pero si mi padre quiere dotarme, hará la situación igual... Su generosidad para conmigo ha sido grande y sé que está dispuesto á hacer mucho.

Un ardiente rubor asomó á la cara de Francine, la cual estuvo á punto de gritar á Pedro: « No debes aceptar nada de él », pero guardó silencio. Aquel fué uno de los momentos más dolorosos que jamás había pasado. Dirigió una mirada hasta el fondo del alma de su hijo y la vió ya atacada por la corrupción paterna. Dartigues sabía bien cómo apoderarse de las voluntades y cómo se paralizan las resistencias. Había aplicado á su hijo su terrible método y ayudado por el amor, había abatido su natural altivez hasta hacerle aceptar, y acaso desear, la limosna de sus liberalidades. ¿Pero no era disculpable Pedro? Ignoraba el pasado terrible de su padre y no conocía de él sino su facundia acaramelada y su fácil generosidad: La madre no quiso prolongar aquella conversación peligrosa, en la que una palabra podía hacer á Pedro inclinarse hacia el lado que ya la atraía demasiado, y sonriendo, aunque tenía el corazón lleno de angustia, dijo:

— Dejemos correr al tiempo. Reflexionando, es posible que todo se arregle. No hay que violentar el tiempo ni las personas. Estás á nuestro lado, que es lo esencial. No digamos más por hoy.

Pedro se encontró aliviado. Se sentía en un terreno movedizo en el que á cada paso arriesgaba el hundirse. Agradeció á su madre el que abreviase su suplicio y se levantó diciendo alegremente:

— Pues bien, si lo permites, iré á ver á Barres. Á las cuatro le encontraré en su periódico... Tengo muchas explicaciones que darle...

— Ve con Dios, hijo mío.

Abrazó á su madre con ternura, cogió el sombrero y se marchó.

La redacción del *Triunfo del Pueblo* está situada en la calle de Montmartre, esquina á la calle del Croissant. Á las cuatro se ve siempre en aquella esquina una bandada turbulenta y ruidosa de vendedores de periódicos que salen con paquetes de papel impreso y corren en todas direcciones anunciando con voces enronquecidas los títulos y, á veces, las noticias de sensación que deben forzar la curiosidad del transeunte y sacar de su bolsillo la recalcitrante moneda de cinco céntimos. Los carros de repartir, que ostentan en gruesos caracteres la cifra de la tirada de cada periódico, esperan también el momento de salir para las estaciones del ferrocarril, pues también en provincias se esperan las noticias. Y después, corriendo más que ninguno y como si dispusieran de los ímpetus de los caballos cuyas victorias cantan, los vendedores del « Resultado completo de las Carreras » pasan como locos empujando á la multitud, y se pierden á lo lejos repitiendo su fatídico grito.

Pedro se abrió paso por en medio de aquel gentío que pulula, grita, bromea y jura agitando sus papeletes, y logró llegar á la escalera que conduce á la redacción que iba buscando. En el patio, en cuyo fondo está la imprenta colectiva de los periódicos instalados en los pisos de la casa, se cruzaban los cajistas con sus largas blusas manchadas de tinta, los anunciantes, que van á vigilar la publicación de un reclamo pagado á peso de oro, y los redactores que traen una noticia de última hora. Y dominando el ruido de las conversaciones y de los gritos, se oye el ruido de las rotatorias que devoran kilómetros de papel.

El joven subió dos pisos, dió vuelta á la falleba de una puerta en la que se leía el nombre del periódico, y se encontró en una estrechã antecámara en la que un mozo, sentado junto á una mesa llena de periódicos, estaba muy ocupado en montar anzuelos en hilos de pescar.

— ¡Hola, Saboureau! dijo Pedro. ¿Siempre la afición á la pesca?

— Sí, señor Appel... Se va á inaugurar la temporada y me estoy preparando. ¿Quiere usted ver al señor Barres? Le anunciaré...

— No se moleste usted. Si está solo, voy á entrar en su despacho...

— Está solo.

Pedro llamó á una puerta, oyó una fuerte voz que respondía « ¡Adelante! » y entró.

— ¡Calla! Es el chico, dijo Barres levantándose. ¿Cuándo has llegado á París?

— Esta mañana, querido maestro.

— ¿Has visto á tu padre y á tu madre?

— Acabo de dejarlos.

— ¡Está bien!

La mirada de Barres, que se había fijado casi amenazadora en el joven durante este diálogo, se dulcificó en seguida.

— ¿Se habrá alegrado de verte, tu madre, eh? ¿Sabes, pequeño? Por mucho que busques, no encontrarás otra como ella... Y si no fueras el mejor de los hijos, serías un ingrato.

La voz de Barres era fuerte y dura, casi amenazadora, como antes había sido su mirada.

— Lo sé, respondió Pedro. No soy, acaso, el mejor de los hijos, pero soy el más agradecido.

— ¡Está bien! repitió Barres, y su voz se dulcificó á

su vez. Conque vienes de Maillane... ¿Y qué sucede por allá? Parece que tenemos que habérnoslas con gente fuerte...

— ¿Sabe usted?... preguntó Pedro con embarazo.

— Yo lo sé todo, interrumpió el periodista, y conozco muy particularmente las dificultades de la situación. ¿Quién podía suponer que Dartigues se disfrazaba con el nombre de Maillane y que el candidato que ibas á combatir era el único que debías respetar? El azar es nuestro dueño, muchacho. Ahí tienes una prueba más... ¿De manera que te ha embaucado tu padre?

Este estilo familiar era tan diferente de la grave circunspección de Appel y del espanto casi mudo de su madre, que Pedro se quedó perplejo. Le parecía entrever en el tono sarcástico de Barres una especie de desdén hacia Dartigues. Sólo al ver á su maestro, tenía el presentimiento de que éste, con su franqueza habitual, iba á revelar todo lo que tenía interés en saber, y afirmó la voz para responder:

— El azar, como usted dice muy bien, ha dispuesto muy mal las cosas. Me he encontrado en presencia de mi padre...

— Y fué á cogerte en las barbas de ese bueno de Breloquier, que no ha vuelto aún de su asombro... ¡Es un gran señor, el tal Dartigues! ¡Es halagüeño para un hijo, eh? ¡El padre de Indias! Eso es mejor que el tío... Para los que le hemos conocido en otro tiempo hecho un ramplón obscuro, su advenimiento al rango de millonario es un cuadro picante... Pero á mí, ya lo sabes, esas cosas no me impresionan. Parece que tú te quedaste con la boca abierta...

— ¿Quién le ha informado á usted así? preguntó Pedro con amargura.

— ¡Bah! Es el rumor público. Me dicen de allá que

mi elección está comprometida, que el señor de Mailane ha conquistado todo el país con sus larguezas, que los más firmes apoyos de mi causa me han abandonado, y que la Providencia — en el Mediodía se mete todavía en estas cosas la Providencia — ha recompensado ya al bienhechor del distrito poniendo en sus brazos un hijo que le había sido robado hace veinte años. Ya lo oyes, muchacho. Eso es lo que dicen allá los papeles después que has abandonado las orillas del Arbosque. Has sido robado hace veinte años á las caricias de tu tierno padre. ¿Y por quién? Naturalmente, por tu madre, en complicidad con ese horrible malvado de doctor Appel. He aquí cómo, en este principio de siglo, con los medios de información que nos dan el telégrafo, con alambre ó sin él, el teléfono, el fonógrafo y otras cosas más, se escribe la historia de los pueblos y de las familias...

Pedro dirigió á su maestro una mirada suplicante.

— ¿Me va usted á decir la verdad?

— Nunca la he ocultado á nadie.

— ¿Puedo interrogarle á usted?

— Habla.

— ¿Qué sabe usted de mi padre?

Barrés miró á Pedro de alto á bajo, hizo una mueca gruñona y dijo antes de responder :

— ¿Eres un hombre capaz de comprender y de juzgar? ¿Ó no eres más que un niño delicado é inquieto? ¿La prueba que intentas no será demasiado fuerte para tu conciencia? Hace un mes hubiera respondido de ti: pero después has dado pruebas de incertidumbre moral. Ya sabes mis principios : el individuo no es nada: la colectividad, todo. Martirizarse el espíritu y comprimirse el corazón por obedecer á las supuestas leyes naturales, es un dogmatismo llorón que no me

agrada. Si cuando te haya dicho lo que pienso de Dartigues me respondes por todo argumento : « Es mi padre », me inclinaré, porque esa será una manera de ver las cosas. Pero desde ese momento dejaremos de estar de acuerdo intelectualmente. ¿Está convenido?

— Me hace usted temblar, balbuceó Pedro. ¿Qué me va usted á decir? ¿Mi padre es un?...

— Tu padre es un hombre del que debes apartarte, hijo mío, porque no tienes nada bueno que esperar de él. Ya sabes si yo te quiero. Pues bien, el único consejo que tengo que darte es este : No te dejes llevar por las seducciones de Dartigues. Perderías á su lado tu integridad, tu altivez, todo el vigor moral que hemos desarrollado en ti, y te volverías un truhán sin fe ni ley como todos los que le rodean.

— ¿Está usted seguro de lo que dice?

— ¿Me crees capaz de causarte tal pena á la ligera?

— ¿Pero qué ha hecho para que sea usted tan riguroso con él? exclamó Pedro desesperado.

— Pregunta más bien qué es lo que no ha hecho. Pero aunque me lo preguntes, no te lo diré. No puedo negarme á iluminarte, puesto que así lo quieres... Pero no me encargo de envenenarte el pensamiento con las historias del tal Dartigues. ¿Sabes? Lo mejor que puedes hacer es dejarle seguir su camino sin acompañarle. Tú no llevas su nombre : Appel, que posee todas las delicadezas y todas las previsiones, ha tenido el cuidado de darte el suyo desde tu infancia, sospechando muy bien que algún día ese nombre sería para ti una protección suprema. Eres libre, por la voluntad de tu padre, que te abandonó cuando tenías necesidad de él, y no tienes para qué ir á él cuando él te necesita. Si fuese pobre, te diría : Olvidalo todo y socórrele. Pero es rico y esto te salva de

la ingratitud. No tienes que considerar más que el aspecto moral de la aventura y en esto no hay duda posible. El divorcio ha roto todo lazo entre tu madre y tu padre. La ley te ha entregado á tu madre. Tienes derecho de decir á Dartigues: No le conozco á usted.

— ¡Es tarde! exclamó Pedro. Le he visto, me ha estrechado en sus brazos, he llorado... No puedo devolverle sus besos ni borrar mis lágrimas... ¡Le he reconocido! ¿Cómo rechazarle ahora?

Barres se paseaba por el despacho con paso nervioso y mascullaba frases con aire enfadado:

— He aquí el resultado de la educación... Se hacen muchachos plegados á la subordinación sentimental, inclinados á la deferencia sistemática... Nada de hombres pensadores y enérgicos... ¡Le han dado besos y ha llorado! Esos son argumentos de ama de cría! Hay que rehacer todo el sistema social en punto á las costumbres... ¡Estamos reventando de sensibilidad! ¡Besos y lágrimas! ¡Cuando se piensa que las tres cuartas partes de los hombres se determinan por razones semejantes! Hay que poner un yugo de hierro á esta sociedad en delicuescencia...

Dió un golpe en la mesa y añadió:

— Yo no soy un monote ¿sabes? y no dejaré al tal Dartigues llegar á las Cortes. ¡Bastantes malvados hay en ellas! Le devolveré sus golpes, puesto que me ataca, y estoy bien armado. Ha creído dar un golpe maestro cogiéndote en sus redes. Pero su plan fracasará. Voy á matar dos pájaros de un tiro y al mismo tiempo que echo por tierra su candidatura te abriré los ojos respecto de él. Así aprenderá á conocerme.

— ¿No admite usted que conmigo pueda ser sincero?

— No. Es un farsante. Ha pensado: Ese viejo Barres

es amigo de Appel y de Francine, ha educado al muchacho y no querrá causarle una pena. Por ellos y por cariño á Pedro, va á guardarme consideraciones y yo le saltaré por encima.

— ¿Pero no puede quererme?

— ¿De pronto? ¿Así, de golpe, en el momento en que le es cómodo y ventajoso?

— Pero yo le he amado al verle. ¿No ha podido sucederle lo mismo?

— ¡La voz de la sangre! Conozco eso. Es género Dennery puro... Seamos serios ¿eh?

— ¿Pero qué trata usted de imponerle?

— Que se vuelva á América y que nos deje en paz. Ya ha empezado á trabajar el África, donde ha hecho lo que se llama «negocios». Ayer han venido á traerme datos horribles sobre él... Pero como había que compararlos, puse en la puerta los datos y al que los traía...

— ¿Quién era el miserable que proponía á usted semejante trato?

— Un antiguo funcionario caído en el periodismo de sablazos y á quien Dartigues no había querido pagar... Ha hecho mal, porque ese canalla es venenoso. Lo que me ofrecía por dinero, podrá servirlo de balde en su periódico... Es una hiena el tal Galbran...

— ¿Galbran? ¡Qué! Ese bandido...

— Veo que le conoces. Por fortuna tuya no tienes dinero. Los papeles siguen á la venta.

La frente de Pedro se cubrió de rubor y su mano se dirigió maquinalmente al libro de cheques que le había dado su padre. Si Barres hubiera podido suponer que Pedro tenía en el bolsillo tan importante suma ¿hubiera hablado con aquella irónica sinceridad? Suprimir aquellos papeles que podían servir para anonadar á